



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

DEL INCONSCIENTE PULSIONAL FREUDIANO, AL INCONSCIENTE LINGUISTICO-ESTRUCTURAL DE LACAN

AQUILINO M. POLAINO-LORENTE.

«El lenguaje es la medida de todas las cosas, incluso del hombre...»

INTRODUCCION

El estudio operado en la evolución psicoanalítica actual, reclama para sí la convergencia de una multiplicidad de disciplinas, cuya reunión intentan dar razón de dicha evolución como realidad inevitablemente próxima al mismo conocimiento científico.

La exigencia de esta pluralidad, muy bien podría extenderse a un nivel, aun más profundo, como la llamada necesaria a que la filosofía intente la comprensión, así como los compromisos de todas aquellas disciplinas y dedique sus mejores esfuerzos a un ordenamiento holístico de aquella realidad.

Acaso, las «nuevas ciencias del hombre» actualmente en efervescencia, deseen constituirse en ciencias maduras, cuando apenas si comienzan a dar sus primeros pasos. Máxime cuando la ciencia constituida en el vértigo de la praxis formalizadora y útil está olvidando de continuo, los fundamentos filosóficos en que se apoya, dando así las espaldas inequívocamente a una de las direcciones fundamentales por donde se le pudieran sugerir soluciones a sus problemas.

En el tema objeto de este trabajo, vienen a darse la mano —tal vez más de lo que en esta primera etapa del mismo nos atrevemos a desvelar— algo de lo sustentado más arriba, como tendremos más adelante ocasión de señalar.

Al materialismo dialéctico, al estructuralismo, y al psicoanálisis, no le son indiferentes, el problema de la moderna lingüística. Más bien podría decirse que se articulan en un quiasma interdependiente —según la versión lacaniana— en donde es difícil encontrar un hiato o solución de continuidad entre la trinidad de estas corrientes de pensamiento. De otra parte, conviene no echar en el olvido, la condición presupuestada de hacer una antropología, condición, además común a los tres sistemas referidos.

Un estudio profundo de estos temas, por último, exigiría replantearse críticamente, la condición del hombre actual, lo cual exige en necesidad, un estudio del hombre en la sociedad constituida por él y constituyente de sí mismo.

Las exigencias —en extensión e intensidad— que se perfilan al enfrentarnos con estos problemas rebasan ampliamente nuestra preparación y dedicación, haciendo obvio el intentar penetrar aquí en todas estas cuestiones. Por esta razón nos

limitaremos a sólo jalonar los núcleos aglutinantes de las cuestiones, que en nuestra opinión, parecen sustanciales. Las siguientes páginas intentan aproximarse a un dibujo apenas esbozado de los hitos fundamentales encontrados en estas articulaciones problematizadoras.

EL PUNTO DE PARTIDA DE LACAN

Resulta imposible enfrentarse o intentar comprender la teoría lacaniana, si se desconocen previamente los postulados freudianos sobre el inconsciente, tarea nada fácil, dada la dispersión del problema de la obra de Freud, así como su carencia de sistematización, y las implicaciones que dichos problemas tienen en el conjunto de los presupuestos del autor.

El concepto de inconsciente (Unbewusste), aun dentro de la ambigüedad significativa, puede tomarse en principio en tres sentidos diferentes: como una reducción totalizadora de la conciencia al inconsciente. (En cuyo caso aquella sería negada al hombre); como una parcela antitética a la conciencia (se admite la conciencia y el inconsciente simultáneamente); y como una especie de conciencia opaca y borrosa, pero conciencia al fin y al cabo (1).

En el segundo sentido, el inconsciente abarcaría lo olvidado y reprimido, a lo que se añadiría, según autores posteriores, contenidos que sin pasar por la conciencia, fueron vivenciados apenas y escondidos en este oscuro lugar.

La importancia dada por Freud (2), a estos contenidos, estriba en que pueden manifestarse como actos simbólicos, o solución de problemas cotidianos. De esta suerte el acto simbólico, representaría el último núcleo, en una cadena de «especial causalidad» (causalidad, entendida en un sentido desconocido y ajeno a lo que entendemos por «causa», ordinariamente), que sería el responsable (?) de los actos psíquicos efectuados por el sujeto, pero realizados de espaldas a sí mismo.

A la vez, parecen coincidir hoy algunos autores, en el inconsciente no sólo se almacenaría ese material indeseable y rechazado por la censura de un super-yo formalizador de las realidades intrapersonales, sino que contrariamente a como se venía pensando, se ocultan en él, un sinnúmero de potencialidades valorables como positivas (3).

Freud mismo, en algunas de sus obras, concreta aún más la función del inconsciente. Este sería como un órgano automático —obsérvese la cercanía a las antropologías mecanicistas— que produce actos psíquicos intencionales bajo la dirección del «ello». Tan es así, que el inconsciente sería en muchos casos, la plataforma oculta en donde reposa y se alimenta la personalidad en su continuo quehacer dinámico, y al que habría que adscribir no pocas de las realizaciones humanas creadoras y extraconscientes.

Como es sabido desde el principio de su investigación, Freud acentuó la importancia del inconsciente. Hasta el punto de ser uno de los principios a admitir obligadamente, por cualquiera de los psicoanalistas de formación ortodoxa, para poder formar parte de aquella Asociación.

Su concepción del inconsciente es demasiado radical, intentando reducir lo más auténtico del psiquismo a este aparato. «Su naturaleza —añadirá, más tarde (4)— nos es tan desconocida como la realidad del mundo exterior y nos es dado por el testimonio de la conciencia, tan incompletamente como el mundo exterior por el de nuestros órganos sensoriales». Sin embargo, como dice López Ibor (6), «el concepto de inconsciente no pertenece a Freud. En casi todos los filósofos alemanes, desde Leibnitz a nuestros días, nos encontramos con él, existiendo incluso en Fichte la concepción de linconsciente ético, es decir, de un subconsciente que constituye la "ley moral de la vida", concepción totalmente antitética a la de Freud. O. Müller ha resumido recientemente la evolución de este concepto en la psicología alemana».

Sin embargo, la metapsicología ha reafirmado, que las producciones que el inconsciente desarrolla, bajo las instancias rectoras del «ello», son siempre disfrazadas —para atravesar así el campo fronterizo vigilado por la censura— deviniendo en simbolismos, e ideas, cuya comprensión exigiría un nuevo código extrapersonal, y cuya praxis no es otra que el psicoanálisis.

La dialéctica entre conciencia e inconsciente queda así desplazada a otra instancia superior: la ocupada por los regentes de ambas provincias: el «super-yo» y el «ello». La instrumentalización en el sistema freudiano del poder que el «super-yo» tiene se llama «censura», que cuando se aparta de su vigilancia es aprovechada por los impulsos —fuerza batalladora del inconsciente— para manifestar los contenidos latentes que en otra ocasión anterior aquélla había hundido en el campo del inconsciente.

El mecanismo batallador de la conciencia o «la táctica» ganadora empleada por ella se llama «represión», mediante la cual se desaloja la conciencia de la presencia de vivencias acusadamente penosas.

En las contiendas así operadas va a producirse una angustia tal, que en muchos casos devendrá en el núcleo constituyente de las «neurosis», lo que no para ahí, sino que creciendo en la oscuridad y de espaldas a la conciencia, determinará —según Freud— la conducta humana en casi todas sus operaciones.

La opinión crítica del autor en torno a la concepción freudiana del inconsciente puede resumirse en las tres cuestiones fundamentales siguientes:

1. Acuñación de una terminología poco precisa y huidiza de toda definición aclaratoria. Su metodología tampoco reúne las condiciones científicas exigidas, por lo que se parte de unos hechos afirmados con una buena carga

- de dogmatismo, que no reciben la sanción comprobatoria más elemental (7).
2. Personalmente admito la existencia de hechos y experiencias psíquicas que tal vez por no desarrollarse en el centro iluminado por la atención en el campo de nuestra conciencia, escapan de alguna manera al control de la razón. Admito que dichos contenidos van «cargados» de mucha carga afectiva, y que eso les hace muy dinámicos y plásticos. Pero me parece exagerado romper toda su necesaria y obligada relación con la conciencia, así como que su existencia determine un específico lugar donde cobijarse.
 3. Relegar, por último, sólo los contenidos instintivos a esta parcela del ser, resulta sospechoso —en mi opinión— habida cuenta de que el hombre ser total, está imposibilitado para ser comprendido en disecciones tan artificiosas que le dividen en compartimentos (8).

Analizado así uno de los componentes de los que parte LACAN, pasamos ahora al otro punto de arranque de la teoría lacaniana: el estructuralismo (9). Los intentos de explicación del mismo varían en una gran amplitud. Desde la definición dada por BARTHES en EFCA (10), bajo el título *La actividad estructuralista*, como «esencialmente una actividad, es decir, la sucesión regulada de cierto número de operaciones mentales», hasta la de JEAN STAROBINSKI (11), «el estructuralismo no es otra cosa que una atenta disposición a tener en cuenta la interdependencia y la interacción de las partes dentro del todo», caben una variedad suficiente, sustentándose todas ellas por pensadores adscritos al sistema (12).

En nuestra opinión, lo nuclear del estructuralismo —como puntos o primeros principios de partida aún no desarrollados suficientemente— puede resumirse en lo siguiente:

- La suma de las partes no totalizan el todo en que se constituyen.
- El todo es mayor que la suma de las partes.
- La estructura resulta ser el modo en que las partes de un todo se conectan entre sí.
- Descubrir una estructura exige un análisis interno de la totalidad, distinguiéndose los elementos y el sistema de sus relaciones.
- El «desmontaje» de los elementos estructurales y la vuelta a sus primitivas articulaciones, permiten el conocimiento de lo que estaba latente y hundido en la estructura, que por otra parte era la sustancia de la mecánica de su funcionamiento. El conocimiento de la realidad a través de lo «manifestado», desconociendo o desacreditando estos núcleos estructurales, sería sólo apariencia, y por tanto falso conocimiento. A lo más una aproximación alienante a la comprensión del mundo real.

- El sentido del conjunto estructural es inmanente en cada uno de los elementos constitutivos.
- La vía de conocimiento estructuralista pasa precisamente por la red de relaciones internas que determinan su coherencia propiamente dicha.
- El estructuralismo debe partir «de un todo solidario para obtener por medio del análisis, los elementos que contiene». Ferdinand de Saussure (13).
- El estructuralismo supone una revisión de la noción de historia, también cuando se aplica al hombre resulta ser una revalidación de la historia íntima personalizada, pues si la «sincronía» tiene a una inmovilización de la temporalidad, la «diacronía» tiende a representar el proceso histórico, como una pura sucesión de formas.

Agrupados así los principales puntos estructuralistas —principales en cuanto que nos servirán para comprender a LACAN—, podemos ahora entrar en el estudio crítico del inconsciente lacaniano.

OPINIONES PERSONALES Y CRITICAS EN TORNO A LOS NUCLEOS CONSTITUYENTES DE LA TESIS LACANIANA

La primera cuestión que LACAN no admite en su sistema, es todo el quehacer empirista. En ello coincidirá con el mismo FREUD, así como con el estructuralismo. Si la estructura es la sustancia que no se deja percibir empíricamente (superficialmente), el inconsciente es el campo extraconsciente que escapa igualmente a todo conocimiento empírico incapaz de desvelar lo latente, al entender lo manifiesto como realidad exclusiva.

Por otra parte, «la estructura —escribe BARTHES— es un símbolo del objeto, un simulacro orientado, interesado, porque el objeto imitado descubre algo que era invisible, o, si se prefiere, ininteligible en el objeto natural. El hombre estructural, toma lo real, lo descompone, y luego lo recompone... Pero desde otro punto de vista, este poco es decisivo; porque entre los dos objetos, o los dos tiempos de la actividad estructuralista, se ha producido algo nuevo, que es nada menos que lo inteligible generalizado» (14).

De esta manera el estructuralismo tiende fundamentalmente, no a conocer el mundo para modificarlo, sino a modificarlo para conocerlo. Aquí, ha tomado ya la delantera, al psicoanálisis freudiano. Allí existía un principio de la realidad bastante distinto. FREUD partía de un principio, el de la realidad —que aún siendo muy personal, estaba más próximo respecto de la realidad dada— material o externa, bajo la cual buceaba intentando esclarecer la realidad auténtica —según él— escondida en el pozo oscuro del inconsciente.

Por ello, el mismo LACAN, trata de reducir la obra freudiana a los parámetros del estructuralismo lingüístico. El desarrollo lacaniano del freudismo, no intenta ser otra cosa que la reducción de la teoría freudiana a un eje monopolizador y escomotizado sobre el que ha de vertebrarse toda la constitución del propio yo, del inconsciente, e incluso del propio hombre —en el reciclaje significado por el psicoanálisis— ahora absolutamente reducido a representaciones verbales, correspondientes en el sentido latente a la praxis de una cadena de significantes. Las consecuencias del punto de arranque lacaniano, no se hacen de esperar, pudiéndose reducir, en nuestra opinión, a las siguientes cuestiones:

a) *La constitución del yo a través del lenguaje en sus relaciones con la realidad*

Para LACAN, «no sería el objeto lo constituido por una Subjetividad Trascendental o Pura, sino precisamente el sujeto lo constituido por una Objetividad Pura, aséptica de humanidad, y esta Objetividad Pura sería el inconsciente profundo e íntimo, sino constituido por las cadenas semánticas del lenguaje» (15). No es pues, como en Sartre, que los demás nos «roban nuestro yo», sino precisamente que nos lo dan.

La fundamentación la busca en la «vivencia del espejo» del experimento de BALDWIN, que expresaría la apercepción situacional, sapor esencial de todo acto de la inteligencia. Así la identificación que el sujeto hace de su propio yo —que es además el motor de su operación— ocurre sólo después de la transformación producida en el sujeto, cuando asume una imagen.

«La asunción jubilosa de la imagen especular —continúa LACAN— para ese ser todavía hundido en la impotencia locomotriz manifestaría desde entonces la matriz simbólica en que el yo se precipita en forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro, y de que el lenguaje le restituya, en lo universal, su función de sujeto» (16).

La función de imago, es la de establecer una relación del organismo a la realidad, del mundo interior al circundante. El estadio del espejo sería sólo un caso particular de imago. Y en virtud de este estadio se asumiría un armazón ortopédico de identidad alienante, que va a marcar con su estructura rígida todo el desarrollo mental al romper la circularidad del mundo-interior y mundo-exterior.

En su función social especular, el yo del sujeto se constituye en un doble juego: el de la refracción intersubjetiva, en la que cada «emisor recibe del receptor su propio mensaje de forma invertida», y el del significante impersonal y estructuralmente lingüístico, cuya prevalencia sobre el yo es absoluta, hasta constituirle en sí y dominarle en todas sus funciones, llegándose a decir que el inconsciente no es sino «el hombre habitado por el significante», el cual a su vez no es sino el «símbolo de una ausencia» (17).

Asistimos así a una degradación envilecedora y mínima del hombre, que queda ahora disuelto en un lenguaje, que apenas si es la sombra de la nada.

La evolución del análisis psicoanalítico-estructuralista nos lleva por diversos estadios, en los que cada escalón, el hombre, va desertando de su propia condición, para entregarse en la única realidad, que resulta ser no otra cosa que apariencia de ausencia.

Con FREUD se había dado una interpretación de la realidad y del yo, tal que quebraba los fundamentos de la naturaleza humana. El hombre en la jerga psicoanalítica no sólo no se conoce, sino que no es capaz de dar razón de las motivaciones que como hilos de una marioneta, dirigen su conducta.

La responsabilidad —con la aceptación total y sin crítica de la teoría del inconsciente— quedaba aniquilada. La libertad —su presupuesto próximo y remoto— no existía al no poder el hombre participar en el conocimiento de las realidades más triviales. El demonio del mediodía en FREUD, no era otra cosa que los impulsos embravecidos en la persecución del placer. El principio de la realidad —y la realidad misma escondida en aquel— no era otra cosa que la quimera esclavizadora de una justificación que intentaba ser racionalizada, del principio del placer, su sueño y su señor.

LACAN va mucho más lejos. Al negar el instinto o la pulsión en el hombre —ya entraremos más adelante en este detalle—, y reducir el inconsciente a un «hombre habitado por el significante», intenta así una edición aún más barata y desnaturalizada de lo que sea el hombre. Y si quedaba alguna duda, resulta ser aún más audaz, llegando ya a la frontera-límite de lo humano, al reducir el significante al «símbolo de una ausencia».

Es probable, que algún lector, interpretara, después de repasar estos escalones, a LACAN como un autor nihilista.

Ciertamente que erraría. LACAN, es más racionalista que todo eso. Probablemente, contestaría afirmando que todo eso —a lo que reduce el hombre— no es todavía la nada, sino más bien una «sombra de la nada».

Hasta tal punto es así —el dominio del significante sobre el sujeto— que el psicoanálisis preconizado por él, se fundamenta en el análisis estructural de la palabra, según el cual, el sujeto se iría comprometiendo en una desposesión siempre creciente de su ser sí mismo, y acabaría por reconocer que este ser no habría sido nunca, sino una obra imaginaria: la del mismo sujeto psicoanalizado por LACAN.

Con ello entramos en la fase ascendente o constructiva del psicoanálisis laciano. Ahora —llegado a este estadio— se trata de dedicar la totalidad de sus esfuerzos a reconstruir para otro (el analista) el proceso de constitución de este ser, mediante el cual iría descubriendo la alienación fundamental que se lo habría hecho construir como otro, y destinado a ser siempre sustraído por el otro.

De aquí sólo puede concluirse —con lo que damos gusto a LACAN— que el «ego» es siempre frustración en sí mismo. Con ello, sin embargo, no se explica como el «ego» se resquebraja y se aliena cuando no es capaz de soportar la angustia trenzada por el abanico y constante de tanta frustración desencadenada por nuestra civilización actual.

La realidad no es ya el encuentro entre el hombre y las cosas. El «mitwelt» de los autores alemanes, ha sido despreciado y olvidado. Dice LACAN: «Es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas, confundirlas en un principio en el «*hic et nunc*» de un todo en acaecer y dando su ser concreto a su esencia... El hombre habla, pues, pero es porque el símbolo le ha hecho hombre» (18).

«Toda estructuración del sujeto —continúa— precisa de la relación en torno a determinado objeto, que después es lo que se pierde subjetivamente en la operación, por el hecho mismo de la aparición del significante» (19).

La manipulación de este objeto sería lo nuclear en el proceso psicoanalítico. Este objeto estaba perdido. Con la técnica psicoanalítica lo que se intenta es hacerlo aparecer, constituir el sujeto a la luz de su aparición, y en ese preciso instante —es decir, cuando el objeto y su relación al sujeto se desvele a través del estilo empleado en el lenguaje, constitutivo y constituyente del hombre— el objeto desaparece.

Algo de todo esto tiene su afinidad y resonancias con el modo de ser tratadas las relaciones entre el yo y el inconsciente por JUNG (20).

b) *La intersubjetividad en Lacan*

Por otra parte, este objeto del que venimos hablando, no se agota en aquella posibilidad constituidora. LACAN lo hace intervenir en toda relación intersubjetiva. Pero siempre desapareciendo en el momento oportuno. El objeto no queda así relegado a ninguna especie de realidad externa; y tampoco viene a constituir un especial fundamento del yo. Su misión es intervenir (no se sabe de qué forma) en una especie de andamiaje intersubjetivo, que nada tiene que ver con los lazos intersubjetivos, y que al situarse en la estructura subjetiva, desaparece.

El objeto, acaso sea, en la tesis del autor, el sistema combinatorio de símbolos que determinan al yo, y que se hallan estrictamente autodeterminados, constituyendo una instancia personal y objetiva, prevalente sobre toda supuesta realidad personal.

Hasta tal extremo es así, que el «ello» o inconsciente no resulta ser otra cosa que el discurso del otro. Pero este discurso ha sido personalizado por el interlocutor, y ya ni siquiera es ese discurso. El objeto del que depende la constitución del sujeto —y ello es la radical y constante permanencia a lo largo del diálogo psicoanalítico (...?)— va y viene entre analista y analizado, y después al punto de subje-

tivizarse en el analizado, desaparece. El otro no puede ser más que el soporte irreal de toda intersubjetividad vehiculizada en el transporte de un objeto que posee la cualidad de que siendo abstracto desencadena un movimiento concreto y constitucionalizador, a la vez que simultáneamente es universal (soporte de todas las variadas clases de comunicación) y particular.

A la vez todas las modificaciones que se van operando en el inconsciente, son factibles, ya que éste no es sino algo externo al sujeto, y de carácter no psíquico, sino lógico; discursivo-estructural.

El otro, aún siendo soporte, tampoco es un interlocutor real, algo real, sino más bien una alteridad convencional (21), lo estipulable convencionalmente para que signifique el segundo polo de la relación, y que consecuentemente, no puede ser sino irreal. De esta manera incomprometida y con visos de trascendentalidad, se intenta simultáneamente negar toda realidad al otro, a la vez que atribuirle unos generosos efectos lógicos, amén de un vertiginoso dinamismo.

La verbalización se constituye aquí, en la «piedra filosofal», para arreglar todo. No se habla, sin embargo, de la catarsis, a no ser para identificarla en todo momento con la misma unidad de la significación verbal. De esta manera, el plano de la verbalización destruye lo catártico, que hasta ahora había sido valorado como —incluso por el propio FREUD— el motor fundamental en el proceso terapéutico.

Se hace notar igualmente, la ausencia del psicoanalista como el otro-dialogante, a un nivel no verbalizador. Da la impresión a través de la lectura de LACAN, que el analista en el sistema lacaniano se permite un cierto «quantum» en el uso de las verbalizaciones, cuestión que desaprobaría el analista ortodoxo y freudiano.

Tampoco se dice nada de la «comunicación sin comunicación», es decir, del lenguaje de los gestos de los interlocutores. Tal vez, se deba esta ausencia, a que el problema de la corporalidad no es atendido suficientemente a nuestro juicio en la obra del gran psicoanalista-estructuralista.

Hasta aquí lo que pensamos personalmente acerca de las opiniones de LACAN sobre el particular (22). A ello debemos añadir además, la exposición del trabajo de CENCILLO (23), que esclarece aún más estos problemas, pero que no los agota ni desarrolla.

c) *Crítica personal al concepto de corporalidad en el análisis estructuralista*

La formación de la imagen corporal resulta ser hoy una de las bases fundamentales sin las cuales es difícil acercarse a la comprensión del hombre. El incremento ponderal operado en los enfermos psicósomáticos, por ejemplo, queda hoy irremediado, no acertando aún el analista a dar una razón suficiente del hombre, que sea comprensiva de toda la estatura en que es posible lo humano.

Las sensaciones, la formación del propio yo, la conciencia del yo como arquitectura corporalizada, la vivencia existencial del cuerpo como realidad absoluta, quedan sin explicación en las tesis de LACAN. Parece que ese campo podría oponerse un tanto, a su concepción estructural y lingüística del hombre mismo estructurado-sin-corporalidad.

De admitir la existencia de ésta, y darle un papel a representar en el juego de tensiones supuestas en el concepto que de la realidad tiene el autor citado, es posible que sus tesis resultasen algo incomprensibles e imposibles de cohonestar con la realidad biológica hasta ahora conocida.

Sabemos —se podrían citar muchos experimentos realizados en los quince últimos años— que el modo concreto de percibir la realidad el propio cuerpo tras el filtraje de sus percepciones —apercepciones— modela y vertebrata la propia constitución del yo, y su imagen del mundo.

Tal vez el mismo LACAN, más adelante prepare otros «escritos» sobre la corporalidad que rellenen con la sabiduría acostumbrada que le es propia, esta laguna que hoy algunos le criticamos.

Si el síntoma por el que va al analista el paciente es ya palabra (parece estar próxima esta tesis a la del «lenguaje corporal» que un día escribiese KLAGES) (24) —como me parece recordar haberle leído en algún lugar al propio LACAN—, y gracias a que es palabra, permite la vía metodológica y pragmática sustentada por el mismo, habría que preguntarle al propio LACAN, cómo el hombre llega al conocimiento de sus propios síntomas.

Es verdad que tal síntoma —se conoce desde el mismo BREUER en sus investigaciones sobre la histeria en la Salpêtrière, a finales del pasado siglo— muchas veces lleva prendido en sus redes un significado que escapó a la conciencia, y se encarnó en la corporalidad.

Sin embargo, ello no autoriza a ningún autor a sobreseer la experiencia del cuerpo propio a la hora de investigar sobre la constitución del propio yo. Estábamos criticando desde el punto de vista del autor las investigaciones empiristas, y ahora resulta que en el juego de los empirismos, el crítico lleva la antorcha del idealismo.

Una comprensión —o su intento— del hombre, de espaldas a la corporalidad, compromete negativamente la explicación y comprensión de lo que pueda ser las coordenadas temporo-espaciales. Y a pesar incluso de cuantas abstracciones y visiones estructuralistas, invitemos a intervenir en la fundación de una nueva e inteligente antropología. La realidad encarnada del hoy queda hoy reclamando una explicación —la del grito de su propia existencia— y comprometiendo al autor, en ocasiones más de lo que él mismo, seguramente quisiera.

La temporalidad en Lacan, tampoco queda explicada. Por eso dedica todo un capítulo a la misma, luchando dialéctica y enérgicamente por buscar su solución, y en nuestra opinión, sin encontrarla, lamentablemente.

d) *Crítica personal a los órdenes de la existencia y del lenguaje en Lacan*

Gracias al lenguaje, LACAN distingue tres órdenes de existencia: la simbólica, la imaginaria, y la real. En la praxis del lenguaje todo funciona en un orden simbólico. Por esto en el pronunciamiento de esas palabras es casi imposible que surja nada verdadero. Pero a este nivel tiene la impresionante virtualidad de ser el lenguaje en lo simbólico, como la única herramienta capacitada para entenderse con el inconsciente, que resulta ser, según el mismo autor, algo estructurado como lenguaje.

La existencia de lo simbólico sería lo que permitiera reunir y comunicar de esta manera, el lenguaje-lenguaje, y el inconsciente-lenguaje. Desde esta perspectiva parece razonable, que interprete a Freud, como el gran inventor de la nueva lingüística.

El orden, a nivel de lo existente, de lo imaginario y de lo real, no parece acabar de explicarlo suficientemente. Para él, existe un divorcio, o acaso no lo exista —ya que de existir, probablemente en su sistema estructural, bastaría que una cosa estuviera disociada de otra, para que eso mismo significase a otro nivel operacional una nueva articulación en la estructura de los dos elementos aparentemente divorciados— entre lo vivido y lo lógico. «La substancia de lo vivido —dijo en una entrevista— es lo lógico, y este famoso vivido, en el fondo es una noción... como decirlo... abstracta, hasta cierto punto, sí; se presta a toda clase de abusos» (25).

e) *Crítica personal a la negación del instinto en Lacan*

Según nuestra opinión, en el esquema lacaniano del hombre, no hay lugar para los instintos. Es verdad que en ello es coherente con su visión de la corporalidad, a la que anteriormente nos hemos referido. Los instintos como problema, siempre fueron el caballo de batalla del psicoanálisis. Desde FREUD se encontró una gran dificultad para traducir esta palabra a otros idiomas. Y ello a pesar de que en el análisis freudiano, la constitución energético-mecanicista del mismo, posibilitaba su inserción sin demasiada repugnancia lógica.

LACAN, niega la existencia de los instintos. Dice así: «Ya nadie cree que existe (el instinto), en ningún campo científico, salvo algunos psicoanalistas, especies particularmente retrogados» (26). En su defecto propone más bien el viejo concepto de tendencia. Y al observar que en sus hipótesis tampoco hay lugar para las tendencias, lo disfraza de deseo, negándolo a nivel biológico.

Su justificación última en un intento desenfadado de darle cabida —pues confiesa reconocer, por otra parte, que de alguna manera funciona— es reconocer que no sabemos como se articula a la estructura humana, y que al no poder hacerlo desmontado de la estructura, tampoco sabe como funciona.

En este reconocimiento «sublimado» de que debe existir algo, que aún ignora, se dibuja una de las lagunas del sistema estructuralista, intento explicador del hombre.

COMENTARIOS FINALES

Enumeramos a continuación, a modo de conclusiones, lo que esencialmente pensamos poder objetar al sistema estructuralista y lingüístico de LACAN:

1. La oposición reductiva a la teoría psicoanalítica. El sistema lacaniano resulta ser tan unidimensional como el psicoanalista ortodoxo. Si éste acentuaba exageradamente el polo que algún autor ha llamado demoníaco en el hombre, aquél sublima tanto que se convierte en puro verbalismo o «flatus vocis». Ambos coinciden en su unidimensionalidad desde luego, así como en la construcción de una antropología cerrada en la que el hombre no tiene más remedio que atascarse.
2. La psicología de la corporalidad y de las coordenadas temporo-espaciales no queda resuelta en ninguna de las dos concepciones del inconsciente. Sin embargo, es comprensible que el relieve de estos temas fundamentales tengan perfiles muy opuestos en uno y otro sistema. FREUD se enamoró del pasado al cual dedicó tanta importancia que hizo de él un determinismo sin salida posible. LACAN, se ha prendado del futuro en tanto que la lingüística por el hipervalorado es la vertiente diacrónica, y en ésta el presente apenas sí tiene significación propia, siendo un anticipo del futuro.
3. Ambos niegan una instintividad humana holística y totalizadora. FREUD la encasilló en el inconsciente, pero al hacer del hombre el hogar del mismo, llevó tan lejos sus fronteras que casi resulta imposible encontrarle su puesto verdadero en la totalidad del hombre. LACAN se pasa al extremo opuesto como acabamos de observar.
4. A ambos sistemas se les puede espetar el haber contribuido a una definición inconclusa —que exige peticiones de principio— y nada objetiva de las relaciones humanas intersubjetivas, así como en las implicaciones de éstas en la formación del yo, en consonancia con el papel representado por el otro, en sus relaciones al «objeto». Es verdad, que ambos discrepan en el camino seguido.
5. El inconsciente pulsional, así como el lingüístico-estructural ambientan una visión monopolizadora y reducida de la existencia humana. Ambos esquemas prefijados violentan a la misma vida del hombre, que inconfundiblemente no se deja apresar en estas edificaciones abaratas y minimizadoras.

6. La posibilidad de inexistencia real de los modelos construidos, invalida de alguna manera el intento forzoso por acuñar ambas teorías como válidas científicamente.

NOTAS.

- (1) Tal y como lo ha expuesto el Prof. Alonso-Fernández en su reciente libro *Fundamentos de la Psiquiatría actual*, Ed. Paz Montalvo, 1968. Madrid. En especial las págs. 395 y ss., 551 y ss.
- (2) Una buena introducción en las obras de Freud, podría ser consultar la obra de Ricardo G. Mandolini, *De Freud a Fromm* —Historia General del Psicoanálisis—. Ed. Ciordia, B. A., 1965. Allí se exponen todos y cada uno de los conceptos psicoanalíticos ordenados según la evolución histórica del pensamiento de sus autores.
- (3) Alonso-Fernández: *Ibidem*, págs. 200, 214, 344 y 387.
- (4) Freud: *Introducción al Psicoanálisis*. Obras Completas. Tomo V, págs. 69 y ss.
- (5) Freud: *La interpretación de los sueños*. Ob. Comp., tomo VII, pág. 367.
- (6) López Ibor: *La agonía del Psicoanálisis*. Ed. Espasa Calpe, Colección Austral. Madrid, 19751, pág. 36.
- (7) López Ibor: *Ibidem*, pág. 37.
- (8) López Ibor cita a Hellpach, que ha dado una serie muy completa de todos los sentidos en que se ha venido empleando la palabra inconsciente.
- (9) Los libros consultados para este resumen de lo nuclear del estructuralismo han sido: — Claude Levi-Strauss y otros: *Aproximación al estructuralismo*, Galerna, Argentina, 1967. — Jean Piaget: *El estructuralismo*, Proteo, 1969. — George Uscatescu: *Aporias del estructuralismo*, Instituto de Estudios Políticos, 1969.
- (10) R. Barthes, y otros: *Aproximación al estructuralismo*. Galerna, Argentina, 1967.
- (11) Citado por Juan Cruz Cruz.
- (12) Una magnífica monografía sobre el estructuralismo es la de Juan Cruz Cruz, *Filosofía de la estructura*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1967.
- (13) Citado por Juan Cruz Cruz.
- (14) R. Barthes: *Ibidem*, págs. 41-53.
- (15) Véase el libro de Luis Cencillo, *El inconsciente*. Ed. Marova, Madrid, 1971. Y en especial los dos últimos capítulos del mismo.
- (16) Lacan: *Écrits*, págs. 93-100.
- (17) Cencillo: *Ibidem*, págs. 246-250.
- (18) Lacan: *Ibidem*, pág. 276.
- (19) P. Caruso: *Conversaciones con Levi-Strauss, Foucault y Lacan*. Anagrama, Barcelona, 1969, pág. 97.
- (20) Es interesante resaltar las resonancias lejanas con Carl Gustav Jung: *El yo y el inconsciente*. Ed. L. Miracle, S. A., Barcelona 1964. En especial las págs. 49-119 y 187-209.
- (21) Lo que está en abierta contradicción con lo expuesto por Jurgen Ruesh: *Comunicación terapéutica*. Ed. Paidós, B. A., 1969, págs. 77-92.
- (22) Las principales citas de Lacan corresponden a la obra citada más arriba, páginas: 892, 98, 249-250, 255-259 y 282.
- (23) Cencillo: Obra citada.
- (24) Klages: *Principios de la caracterología*, Leipzig, 1910.
- (25) Igor Caruso: *Bios Psique Persona*. Ed. Gredos. Madrid, 1964, págs. 89-110.
- (26) Lacan: *Ibidem* (citado por Cencillo).